

# UN FANTASMA EN BERLÍN

Fue durante el puente de la Constitución cuando viajamos a Berlín. Justo unos meses antes de que nos sorprendiera la terrible pandemia del Covid-19. Era una de las ciudades que en nuestra agenda esperaba impaciente su turno. No sabíamos por qué, pero siempre la íbamos dejando para el siguiente viaje. Quizás por lo acaecido en ella antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, quizás por el temor a que aún deambulase por ella el fantasma de aquel loco con bigote recortado que conmocionó al mundo.

La realidad es que nos invadía una sensación extraña entre el deseo de visitarla y enfrentarnos al fantasma, y la duda de que el espíritu de Hitler nos poseyera, tal y como lo intentó en la primera y la última güija que Toñi y yo practicamos junto a unos amigos, siendo aún bastante jóvenes. Desde entonces, desde la aparición de su espíritu en aquel tablero de alfabeto y números, la idea de visitar Berlín nos ha cautivado siempre en la misma proporción emocional que hemos recelado de llevarla a cabo. Finalmente decidimos echarle valor y encontrarnos con nuestro destino en Berlín.

Partimos de Granada y llegamos al aeropuerto de Málaga a media tarde. El vuelo fue puntual y aterrizamos en suelo alemán a las doce de la noche. En punto. Podría haber sido a las doce y cinco o a las doce menos cinco, pero no, fue a las doce en punto. La primera impresión que nos causó la zona del aeropuerto por donde desembarcamos a hora tan intempestiva fue la de una instalación austera, pero siempre dando la impresión de que todo funcionaba perfectamente. La segunda, más extraña, fue la de que allí, todavía, quedaban secuelas por lo que aquella ciudad había sufrido. Desorientado, en ese momento me vino a la memoria la parte de Berlín que quedó en la República Democrática. Transitaban pocos pasajeros y las terminales se encontraban prácticamente vacías. Era tal la emoción que me embargaba al pisar por primera vez aquella tierra de la que tanto había oído hablar, y sobre la que tanto había leído, que no me di cuenta de que a esa hora de la noche y en un país que cierra el comercio a las seis de la tarde, lo que veían mis ojos era de lo más racional.

A través de los ventanales se podía sentir el frío tan intenso que hacía. Lo comprobamos nada más pisar unas escaleras metálicas, que no mecánicas, colocadas en el exterior y que desembocaban muy cerca de la salida del edificio por una zona inhóspita y oscura. Sus barandillas estaban repletas de nieve y las manos se congelaban incluso llevándolas protegidas con guantes. En el corto trayecto entre la puerta y el autocar que nos llevaría al hotel, cientos de agujas parecían clavarse en nuestros rostros como si fuesen alfileres lanzados por algún psicópata que no nos quería allí. Toñi y yo nos miramos instintivamente y los dos pensamos lo mismo. No es él, es el maldito frío, le comenté tratando de tranquilizarla.

Llegamos agotados al hotel y tras el consabido atasco que se forma en Recepción para la distribución de tarjetas, buscamos nuestra habitación. Cuando vi el número que nos habían asignado un ligero escalofrío recorrió mi maltrecho cuerpo. Era el 88. Había leído que asignándole a cada letra del abecedario un número comenzando por la A, el 88 equivalía a las letras HH, código utilizado por los seguidores del nazismo y que significa "Heil Hitler". Miré a Toñi, pero no hice el más mínimo comentario. Tan solo entramos en la habitación y nos dejamos caer exhaustos sobre la cama. Mañana sería otro día.

El hotel se encontraba en Alexanderplatz. Una plaza situada en la parte oriental del antiguo Berlín. El edificio era moderno y las instalaciones perfectas. Nos recuperamos del día anterior con un opíparo desayuno, y a las nueve de la mañana estábamos subidos en el autocar que nos llevaría hasta la Puerta de Brandenburgo. Hacía un frío despiadado que no tuvo clemencia con nosotros durante toda nuestra estancia en la ciudad alemana. Nada más girar el autocar divisamos la famosa Torre de televisión de Berlín, construida por la República Democrática y cuya imagen fue utilizada como símbolo de Berlín Oriental. Una imagen, la del pirulí berlinés, que nos acompañaría hasta el último día.



Ante nosotros la Puertade Brandenburgo, coronada por la cuadriga tirada por cuatro caballos que representa a la Diosa de la Victoria en dirección a la ciudad. Estar junto a la antigua puerta de entrada a Berlín y su monumentalidad a modo de propileos nos produjo la sensación gratificante de estar contemplando, in situ, lo que llevábamos tantos años esperando. Realmente no nos sorprendió el espacio diáfano que rodeaba al monumento para realzar su presencia, al tratarse de uno de los mayores símbolos de la ciudad y de toda Alemania.

El frío continuaba azotándonos, aunque avanzara la mañana. Alemán como todo, ese frío no se dejaba influenciar por el astro rey, aunque este hiciera acto de presencia a lo largo del día. A nuestro alrededor un buen número de corresponsales de las televisiones internacionales emitían sus crónicas, soportando igualmente las bajas temperaturas. A unos trescientos metros se encontraba el hotel Adlon y, al contemplarlo, ninguno de nosotros pudo evitar recordar la imagen de Michael Jackson mostrando a su bebé por encima de la baranda del balcón de su habitación. Al hacerlo, durante unos segundos, se produjo un denso silencio que fue roto por el guía que nos acompañaba. Adivino lo que están pensando al mirar la fachada del hotel Adlon. Les sucede a todos los turistas, pero es mejor no pensar en ello y recordarlo por su inmortal Thriller y tantos grandes éxitos que ha dejado para la Historia.

El guía nos condujo por una parte de la ciudad tratando de que nos fuésemos familiarizando con ella, hecho que, a mí, lo reconozco, me costó asimilar. La división de Berlín, ahora mental y solo detectable cuando descubres algún rastro del muro señalado con adoquines de cobre en el asfalto y aceras, me desorientaba. Aun así, trataba de sentir, pisando su suelo, el desgarró sufrido por sus habitantes aquel 13 de agosto de 1961, cuando se levantó el muro. Debí ser como una mutilación de la identidad de cada berlinés. Yo no había vuelto a hablar desde que nos alejamos de la fachada del hotel Adlon y mis pensamientos comenzaban a ser presa de la Historia cuando Toñi salió a mi rescate.

Mira, el mercadillo navideño, me dijo. Era la una de la tarde y el autocar nos dejó cerca de la plaza de Gendarmenmarkt que estaba ocupada por decenas de puestos ambientados con música y exhibiendo adornos navideños y servicios de restauración. Sin perder un minuto nos adentramos en su laberinto. Primero porque a las señoras les atraía la posibilidad de comprar algunos de esos souvenirs, segundo porque a esa hora, el hambre comenzaba a llamar a nuestra puerta.



Lo recorrimos todo mientras al paso degustábamos salchichas Bratwurst, algún que otro dulce y la famosa cerveza. El frío continuaba dentro de nosotros por lo que no dudamos en detenernos en otro puesto y pedir unos vasos de vino caliente que, ciertamente, nos sentaron como si nos hubiésemos convertido en artistas tragafuegos, pero sin expulsar llamas por la boca.

Y disfrutando de aquel ambiente navideño siendo primeros de diciembre, al fondo de la plaza descubrimos el Konzerthaus, sala donde tiene su sede y celebra sus conciertos la Konzerthausorchester. Un edificio majestuoso que, durante esas fechas, en lugar de celebrar conciertos se limita a proteger a su famoso mercadillo de cualquier ataque terrorista, como le sucedió a su homólogo de Breitscheidplatz tres años antes.

Reconfortados, volvimos al autocar que nos trasladó a la Isla de los Museos. Teníamos que aprovechar los pocos días que íbamos a estar en Berlín. Llegamos a la isla sobre las cuatro de la tarde y nos dimos cuenta de que la noche había caído sobre nosotros.

Los museos se encontraban en la mitad septentrional de la isla del río Spree que atraviesa el centro de la ciudad. En 1841 fue adaptada para el arte y la ciencia por el rey Federico Guillermo IV de Prusia y hoy, al pasear por sus calles sintiendo la brisa del río, se logra olvidar las bombas que cayeron sobre Berlín siete décadas antes. Los museos están distribuidos en varios edificios. Por falta de tiempo elegimos dos, el Museo Nuevo, dónde pudimos contemplar, además de varias colecciones egipcias, el busto de la conocida reina Nefertiti, primera esposa de Akenatón, faraón que reinó en Egipto durante el Imperio Nuevo.

Teníamos meridianamente claro que el segundo museo iba a ser el de Pérgamo, que albergaba edificios babilónicos reconstruidos a tamaño natural. Entre ellos nos impresionó la Puerta de Ishtar, una de las ocho que tenía la muralla interior de Babilonia y que fue construida por Nabucodonosor II en el 575 a.C. Es enorme y está construida en adobe y cerámica vidriada, la mayoría de color azul debido al lapislázuli, manteniendo las figuras de dragones, toros, leones y seres mitológicos que la decoraron hacía tantos siglos.

Habría que agradecer a los gobiernos occidentales el esfuerzo realizado para su conservación, incluso siempre nos queda la duda de si hubiesen permanecido en pie en el lugar que las construyeron, pero al mismo tiempo surge entre nosotros la reflexión de si a todas estas obras de arte podría adjudicársele el concepto de apropiación indebida.

Desistimos de elucubrar sobre asunto tan controvertido y regresamos al hotel caminando. El frío, cada vez más penetrante, ya no nos intimidaba. Pasamos junto al “pirulí berlinés” y al poco tiempo estábamos abriendo la puerta de nuestra habitación. Disfrutamos de una buena ducha, pero en nuestro interior algo nos decía que teníamos que volver cuánto antes a las calles de Berlín y así lo hicimos. No había tregua. Tres días eran pocos para conocer esta gran ciudad exenta de monumentos clásicos, pero cargada de una historia que sacudió Europa y buena parte del mundo. Y así lo hicimos. Una hora después nos encontrábamos en la plaza Potsdam, en el Sony Center, donde disfrutamos de una suculenta cena acompañada de una tabla con distintos tipos de cervezas.



Y entonces sí, al salir del restaurante, buscamos desesperados un taxi. Nuestro pensamiento solo lo ocupaba la manera de volver cuánto antes a la cama que habíamos abandonado a las ocho de la mañana.

El día siguiente nos acompañó el guía al Scheunenviertel, antiguo barrio judío, que se encontraba cerca del hotel. Era inevitable dejar de pensar en tantas películas que han dejado constancia de lo acontecido en ese lugar y desgraciadamente en casi toda Europa. Inconscientemente esa mañana nos habíamos levantado con pocas ganas de hablar. Es posible que en nuestro subconsciente estuviera presente esa visita y sin decir palabra, nos dirigimos a la plaza Hackescher Markt que era el punto de partida para recorrer el barrio.

Un barrio acogedor con numerosos patios interiores, museos, la sinagoga nueva y talleres de artesanía que datan de 1906 y aún continúan funcionando con precisión alemana. Por sus calles solo se escuchaba el silencio y cuando entrábamos en algún pequeño comercio se nos atendía susurrando como si temieran después de tantos años que la bestia despertara. Nos impresionó ver las pequeñas placas doradas con los nombres de las familias que habitaron allí, así como los impactos de bala que todavía permanecen en las fachadas de los edificios, para que nunca se olvide lo sucedido en aquel barrio.

Fue un recorrido silencioso, místico, espiritual más que turístico y así, como si anduviésemos acompañando la procesión del silencio por Plaza Nueva, llegamos al cementerio judío. Se nos encogió el corazón al encontrarnos frente a la puerta con el grupo escultórico realizado en bronce por los artistas Will and Mark Lammert, para recordar las deportaciones nazis. Tomamos un café en una de las cafeterías instaladas allí, pero continuábamos hablando lo justo y sin alzar la voz. Era instintiva nuestra conducta regulada por el subconsciente que andaba algo sensible. Nos adentramos de nuevo en aquel laberinto de pequeñas calles y paseamos hasta la hora del almuerzo. Lo tomamos en uno de los restaurantes del barrio y volvimos al hotel a descansar un poco.

Tan corto fue el descanso, que al poco rato volvíamos a encontrarnos en medio de Alexanderplatz para aprovechar la luz que quedaba del día. Tomamos caminando la Unter den Linden, bulevar Bajo los tilos, que es el más tradicional

y conocido de Berlín y fue, hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial, el centro neurálgico de la vida cultural berlinesa. Al pasar por la puerta de la Universidad Humboldt no lo pensamos y entramos en su hall. Allí estuvimos unos minutos contemplando ese templo del conocimiento del que salieron filósofos tan importantes como Schopenhauer o físicos como Albert Einstein.

Bajo su alto techo no abandonaban nuestro pensamiento los acontecimientos acaecidos en tan recia y sobria ciudad. La contradicción entre la barbarie sucedida en el exterior y el saber que albergaba su interior. Era como si temiésemos que, al salir del edificio universitario, la esvástica continuara deslizándose silenciosamente por las calles de Berlín, como advirtiéndonos de que todavía bullían por allí los fantasmas de todos aquellos fanáticos que la exhibieron en sus brazos, tras ser adoptada por los nazis como símbolo de la supremacía de la raza aria. Emblema que paradójicamente en otras culturas significa bienestar, suerte o salud, términos que hacen más surrealista aún todo lo que sucedió en aquellos cinco años.

Aún quedaba tiempo para que los claros del día comenzaran a dar sus últimos coletazos. Salimos de la universidad y, sin ser conscientes de ello, una fuerza invisible nos empujó hacia la plaza que se encontraba al otro lado de la avenida. Una atracción misteriosa que parecía programada en los circuitos turísticos de la ciudad, para que los visitantes fuesen testigos imaginarios de aquella fatídica quema de veinte mil libros, instigada por el ministro de propaganda nazi Joseph Goebbels y llevada a cabo por las Juventudes Hitlerianas, la noche del 10 de mayo de 1933 en la Bebelplatz. Una barbarie cultural. Un atentado al conocimiento y a la razón, que quedó solapado cuando después de una hora caminando divisamos el Monumento al Holocausto.

Conforme nos aproximábamos a aquel laberinto de hormigón comenzamos a sentir la presencia fantasmagórica de Hitler que, con una fuerza inusitada, trataba de someter nuestra voluntad sin ningún pudor e intimidar nuestro pensamiento. Caímos en la cuenta entonces de que aquel espíritu se había inoculado sutilmente en nuestro subconsciente dos noches antes. Justo en el



momento que pisamos el suelo de Berlín. Pensaba yo que, al ir conociendo la ciudad, aquella sensación desaparecería, aunque no fue así.



Cuando penetramos en aquel dédalo de estelas notamos más aún su presión. Trataba de borrar de nuestro pensamiento aquella parte de la historia en la que él fue su principal protagonista, pero no lo consiguió. Y no lo consiguió porque en aquel laberinto resulta imposible abstraerse de tanta sinrazón. Las imágenes de La lista de Schindler, película de Steven Spielberg, parecen proyectarse en las paredes de todos los ortoedros que conforman el monumento, mostrando la crueldad nazi de arrebatarle la dignidad a la persona que, segundos después, van a ejecutar.

El silencio mientras caminas por ese espacio es sobrecogedor y la presencia quimérica de Auschwitz y Mauthausen emergen sin remisión entre aquella argamasa gris. Un silencio atronador roto únicamente por los sonidos secos de los disparos que comienzan a resonar en tu imaginación, cuando llevas un tiempo entre aquellos dos mil setecientos once prismas rectangulares.

Abandonamos el Monumento al Holocausto y sentimos como al mismo tiempo aquella presencia fantasmagórica nos abandonaba a nosotros mientras nos dirigíamos al edificio del Reichstag, sede del Bundestag o Parlamento Alemán.

Ya de noche recorrimos su cúpula de cristal y contemplamos una magnífica vista nocturna de la ciudad. Regresamos a nuestro aposento por la misma avenida Bajo los tilos, contemplando los importantes edificios que alberga. Era media tarde y habíamos cumplido con el programa proyectado para ese día. Nos sentíamos reconfortados y, caminando bajo aquellos árboles que según dicen perfuman la primavera berlinesa, nos olvidamos del frío que hacía en ese momento. Y así, entre risas que sonaban estridentes en una ciudad tan ponderada en la expresión de sus sentimientos, como grave en su carácter aun habiendo caído décadas antes el muro que la dividía, llegamos al hotel del cual ya no salimos. Había sido un día demasiado duro física, psicológica y emocionalmente.

Amanece el que iba a ser nuestro último día en Berlín. Éramos conscientes de que quedaba mucho por ver y nos propusimos aprovechar el tiempo del que disponíamos. La excursión a Potsdam estaba programada para las once de la mañana y Toñi y yo nos fuimos solos a ver los restos del muro que quedaron en pie para mantener viva su triste Historia. En él contemplamos el famoso beso de Brézhnev y Honecker inmortalizado por el artista ruso Dmitri Vrúbel y convertido hoy en uno de los principales iconos de la ciudad.

Mirándolo detenidamente, rodeado de curiosos, no alcancé a entender por qué estaba allí representado un beso soviético que celebraba el treinta aniversario de la RDA. Después supe que se inmortalizó como homenaje a la euforia que supuso el derribo del muro, supongo que lo fue más para los habitantes de la parte oriental. Cuentan que mientras se derribaba el muro, los ciudadanos de la República Federal de Alemania que desconocían en ese momento que se llevaba a efecto la demolición, comenzaron a ver figuras vagando por las calles que llamaron su atención. Personajes extraños y desarrapados que caminaban como zombis por la parte occidental de la ciudad sin detenerse, sin dirigirse a nadie. Enseguida tuvieron conocimiento de que se había derribado el muro y se trataba de personas que procedían del Berlín Oriental. Sin pensarlo salieron a su encuentro y los invitaron a cafés y a cervezas. Y entonces pensé en la bonhomía y comprensión de los berlineses de la República Federal. En su

capacidad de aceptación para mirar al futuro y olvidar un pasado recordado como un mal sueño y, sobre todo, como ningún berlinés occidental protestó por el nuevo impuesto promulgado por el gobierno, para ayudar a los ciudadanos de la República Democrática a integrarse de pleno derecho en la Federal.

Cogimos un taxi que nos dejó en el Checkpoint Charlie con su réplica del puesto original y las hileras de sacos de cemento que en su día lo fueron de arena, imagino que como protección frente a los disparos. Fue el paso fronterizo del Muro de Berlín desde el final de la Segunda Guerra Mundial a la caída del muro. Tránsito para militares y funcionarios de embajadas, fue además un espacio de intrigas e invitación a la huida para ciudadanos civiles y personajes inmersos en el espionaje y la Guerra Fría. Enfrente, una valla repleta de fotografías recuerda a los que intentaron huir y fueron capturados o abatidos. Junto a nombres y fechas, está el del último chico que lo intentó y acabó tiroteado. Lo trágico de aquella muerte es que sucedió muy poco antes de la caída del muro.

A las once en punto estábamos subiendo al autocar que nos llevaría hasta Potsdam. Nos dejaron en Wannsee, distrito separado de Potsdam por el río Havel. Lo hicieron muy cerca del Puente de Glienicke para que lo cruzásemos a pie.



Lo hicimos lentamente y de nuevo Steve Spielberg se coló en nuestra imaginación haciéndonos protagonistas involuntarios de su película El puente de los espías, rodada allí. Al cruzar el puente creímos encontrarnos en medio

de Tom Hanks y Mark Rylance y nos envolvió una enorme tensión imaginando los numerosos intercambios de espías que se produjeron en él durante los años de la Guerra Fría.

Cuando llegamos al final de la pasarela y pisamos tierra de Potsdam respiramos varias veces para recuperar nuestro ritmo cardíaco habitual y tranquilizarnos. Relajación a la que contribuyó la paradoja histórica que supuso la visita que a continuación realizamos a los parques que rodean el Palacio Nuevo construido por Federico el Grande, rey de Prusia, para la recepción de miembros de la realeza y dignatarios. Recorrer aquellos jardines fue como encontrar un oasis reparador en ese mar de hechos intrigantes y fatales, que psicológicamente van anegando la mente del visitante sin que éste se percate de ello.

Y entre aquel paisaje rodeado de silencio y frondosa vegetación, lechos de flores y parterres perfectamente delineados y cuidados, se nos fue el santo al cielo olvidándonos de tanta gravedad que sigilosamente estaba afectando nuestra capacidad cognitiva. Y en ese estado de alivio intelectual y espiritual, con la mente más descansada, aguardamos a que nos recogiera el autocar y nos trasladara hasta el palacio de Cecilienhof donde, terminada la segunda gran guerra, tuvo lugar la Conferencia de Potsdam en la que la Unión Soviética, Reino Unido y Estados Unidos establecieron, entre otros acuerdos, un orden de guerra y se repartieron administrativamente Alemania y otras partes de Europa, como si de una tarta de cumpleaños se tratase.

Las fotografías que adornan gráficamente el palacio, en las que Stalin, Churchill y Truman posan distendidos y sonrientes, sacudieron mi percepción de las cosas. Las miré detenidamente y me impresionaron sus risas y distendidos rostros. Creo que, en ese instante, para ellos, los millones de muertos caídos durante la guerra habían sido solo producto de la imaginación.

Con la sensación agridulce de que aquel julio de 1945 había terminado la terrible guerra, pero que tras la conferencia de paz se perpetraría el inicio de la Guerra Fría que vendría después, nos bajamos del autocar de nuevo en la Unter den Linden con el pirulí berlinés nuevamente al alcance de nuestra vista.

Necesitábamos caminar de nuevo. El frío hacía que se te congelaran las neuronas y ello por otro lado propiciaba la descarga mental necesaria para recobrar, sino la alegría que en cualquier otro viaje te acompaña siempre, al menos un estado paliativo ante tantos acontecimientos históricos bélicos y surrealistas.

Eran las seis de la tarde. Noche cerrada desde las cuatro. La temperatura cero grados. Resultado, que necesitábamos tomar algo caliente. Toñi, previsora siempre, tenía anotado el nombre de la chocolatería más antigua de Berlín, que se encontraba próxima al mercadillo navideño que habíamos visitado el primer día. Era la Fassbender & Rausch, establecimiento cuyos orígenes se remontan a 1863. Aunque era un día laborable tuvimos que guardar cola. Las mesas estaban permanentemente ocupadas. Mientras nos llegaba el turno nos dedicamos a contemplar las maquetas de edificios emblemáticos de Berlín, realizadas en chocolate. También una extensa variedad de tartas y una exhibición interminable de bombones repartidos por todo el interior del establecimiento. Por fin nos asignaron una mesa y por supuesto tomamos un chocolate caliente y un trozo de una de aquellas tartas. Antes de salir adquirimos algunas cajas de bombones para endulzarnos lo que quedaba del día.

La última cena en Berlín estaba organizada para todo el grupo en un restaurante cercano al hotel. A unos diez minutos de Alexanderplatz. Fue una cena con platos típicos alemanes, acompañada de música animada que creó un ambiente ideal para la despedida. De vuelta al hotel, me asaltó la duda de si aquella animación final fue más debida a las jarras de cerveza que a la música.

Cuando subimos al avión, sentimos que teníamos que volver. Sabíamos que Berlín tiene una parte alegre que quizás no alcanzamos a descubrir en este reflexivo viaje. Que esa ciudad tiene la facultad de guardar su pasado en un desván y disfrutar el presente con sus famosos clubes nocturnos, salas de fiesta o locales de música indie, rock o pop. Toñi tomó nota. La próxima vez intentaremos descubrir ese nuevo Berlín.

A media mañana aterrizamos en el aeropuerto de Málaga y un nuevo autocar de la agencia de viajes nos vino a recoger. Cuando íbamos a subir el conductor

se giró hacia mí esbozando una perversa sonrisa. Me estremecí. Tenía el pelo negro engominado y debajo de la nariz un bigote perfectamente recortado. No comenté nada a Toñi mientras ocupábamos nuestro asiento. Antes de arrancar, el conductor se levantó para dirigirnos unas palabras y cuando se volvió hacia los viajeros, su cabello era rubio y su bigote había desaparecido. ¿Te pasa algo? -me preguntó Toñi. No nada, cosas más. Y me recliné en el asiento intentando dormir un poco.

FIN